

¿YA LEISSSTE?
OCHO POEMAS Y
TRES PUNTOS SUSPENSIVOS

DE
Enrique González Rojo

BIBLIOTECA  DEL ISSSTE

Acerca de la poesía

La poesía es la recreación escrita de las emociones humanas. Considerada el más refinado de los géneros literarios, la poesía es una especie de reflexión emotiva, a veces individual y a veces memoria de un pueblo, acerca de las vivencias que el poeta considera dignas de preservarse; es así mismo una experiencia estética, una, osada incursión en el lenguaje, y una especie de exorcismo del alma, mediante el cual los sentimientos afloran y dejan salir todo lo que el poeta lleva dentro de sí: amor, celos, deseos, temores, gozo.

Originalmente, en la vieja Grecia, poesía y música se complementaron para que los antiguos poetas dieran a conocer los mitos de dioses, héroes y monstruos, en lo que se llamó *épica* o *epopeya*.

Este tipo de poesía era leída ante el pueblo, para su deleite, y los mejores ejemplos que nos quedan de esa época son la *Riada* y la *Odisea*, de Homero. Además de este género poético, se cultivó la lírica, llamada así porque el poeta solía tocar un instrumento llamado lira al tiempo que leía sus versos; pero a diferencia de la épica, en la lírica se referían sucesos personales del poeta, así que no estaba ideada para ser leída ante un gran público. Famosos poetas líricos fueron Anacreonte y Safo. Entre los romanos la épica fue practicada por Virgilio, autor de la *Eneida*, aunque también escribió lírica, al igual que Horacio y Ovidio.

Hubo un momento en que la lira ya no fue necesaria, y la poesía fue dejando atrás la mitología, salvo para usarla a manera de adorno. Desde luego que la poesía siguió siendo una combinación de sonidos armoniosos, sólo que ahora la música era en exclusiva las palabras mismas. Porque poesía es, esencialmente, palabra.

Las palabras tienen virtudes rítmicas que la poesía aprovecha cabalmente para integrar versos que son medidos de acuerdo con el número de sílabas de que constan, y de acuerdo con los acentos, esto es, con la cantidad de sonidos fuertes y débiles que se le dan a la entonación. Verso se le llama a cada una de las líneas que integran un poema. Los grupos de versos reciben el nombre de estrofas. Tradicionalmente hay formas poéticas cenadas, que exigen gran habilidad por parte del poeta, como es el caso del soneto, poema constituido por catorce versos de once sílabas cada uno, acentuados en la sexta sílaba y en la décima, y rimados de acuerdo con variados esquemas. Sin embargo, desde fines del siglo XIX y principios del XX, hay la tendencia a escribir poesía en versos libres, que ya no atienden al número de sílabas, aunque sí toman, por lo general, especial cuidado en los acentos.

Cada lengua universal cuenta con su poesía, y la escrita en español tiene una larga y venerable tradición, que se remonta a los siglos XI y XII de nuestra era, con los Cantares de gesta y los *Milagros de Nuestra Señora*, de Gonzalo de Berceo. Una de las ramas de la poesía en español es la mexicana, cuyo primer florecimiento se dio en

el siglo XVII con la extraordinaria aparición de Sor Juana Inés de la Cruz. Más tarde llegarían los poetas románticos y los modernistas, en el siglo XIX, y ya en el XX dos cumbres de nuestra lírica, Ramón López Velarde, cuyo sentimiento provinciano nos llega muy íntimamente, y Octavio Paz.

Un poema está situado más allá del tiempo y del espacio, y esta es una de las alegrías de la poesía, su carácter intemporal, porque un poema vuelve a florecer intacto y esbelto cuando se le lee, así haya sido escrito hace siglos o apenas ayer. Un poema no posee un significado único y cenado, sino que se caracteriza por su apertura, por su capacidad para producir múltiples sentidos o interpretaciones, incluso de una manera autónoma, con independencia de los propósitos del autor. Un poema, por otro lado, baja a los abismos del dolor, asciende a las alturas del placer, y se coloca en el centro mismo de la condición humana.

Los editores

EL JUNCO

I

Oriundo de este Valle de lágrimas,
sumando el quehacer individual de mis ojos
a las marejadas y tempestades
que, en alta angustia,
atacan al velamen del pañuelo,
teniendo en la Tierra toda
mi terruño,
sintiéndome un terrícola orgulloso
de las leyes de rotación y translación
de mi casa;
criatura sin voz ni voto en el destino de mi especie,
pero hermano de los que gimen en **pianísimo**,
rumiando sus blasfemias,
y compatriota de los iracundos
que arrojan al firmamento los juegos de artificio
de sus imprecaciones,
puedo apalabrarme con mi lengua,
morderme la punta del silencio,
sellar un compromiso de sangre
con la verdad,
levantar la mano,
pedir la voz,
humedecer en las lágrimas mi pluma,
soltar estos versos a grito pelado
hasta dejar afónicas
las vocales del aullido,
para hablar de mi gente,
de quienes yo conozco,
de los juncos azotados por los cuatro vientos
del apocalipsis.
Pedir la palabra, pedirla
para ser el cronista del infierno.

II

Observad a los novios:
la desnudez primera fue en los labios.
Dos excitaciones anudadas
-cada amante extraviado en el laberinto del otro-
trajeron consigo un holocausto de resistencias,
un pudor desmoronándose,
un sentimiento de derrota en los botones,
un paladear a diez dedos y dos sienes
la epidermis del éxtasis,
y un arrojarse a las sábanas
en busca de poemas.
Mas ahora divisadlos enfermos,
en estado de sitio,
refugiados en lechos diferentes,
desamorosos, desavenidos,
sabiendo cada quien,
en la cámara de tortura de su sala de espera,
que a su destino en punto,
se halla presta a dar el salto la agonía.
Columbradlos perdidos,
ojerosos,
débiles,
venidos a muerte,
sin un solo anticuerpo en todo el cuerpo
y con todos sus escudos
sufriendo un caleidoscopio
de dolencias
fatales.
Pero ¿por qué en el clímax,
en la chispa que producen
dos cuerpos al rozarse,
en la maestría con que un orgasmo
seduce al otro,
tienes que eyacular, oh muerte?

III

"arrullado en la cuna del silencio, mamando oscuridad".

Jaime Sabines

Pero mirad en la cuna la tragedia.
El horror arropado.
Recién nacido,
como ángel a medio hacer,
aún oloroso a madrugada,
el bebé muere súbitamente,
a muchos pasos todavía de su primera palabra,
mientras se divertía con el oso amarillo
de su sueño.

¿Quién es y dónde está el responsable
de este crimen?
¿Su nombre se escribe con mayúscula?
¿Hay pruebas para demostrar la existencia
de este monstruo?
¿Es posible que Alguien haya utilizado
una guadaña escondida en las leyes naturales
para segar su aliento?
¿Hay un responsable de que el vínculo
entre la cuna y el ataúd
sea a veces mucho más que una imagen poética
que asocia los dos puestos fronterizos
que tenemos con la nada?
Sinfonía inconclusa, ay, en los primeros compases.
Niño que se nos deshace entre las manos.
Sólo tu madre se consuela
pensando que vas a aprender a hablar
en el allende.

IV

Venid a ver, en ese parque, en esa avenida,
en esa colonia,
pero nunca en el teatro, en el circo
o en la exposición,
a los hombres y mujeres
que, en naciendo, no vieron la luz
sino que pasaron abrupta, dolorosa,
sangrientamente
y a tientas,
de la oscuridad del claustro materno
a la oscuridad del cosmos.
Alguien o algo los condenó
a saber sólo de oídas de las flores,
las auroras,
el crepúsculo chorreante de colores
o las luciérnagas y su milagro parpadearte,
perdido en su propia miniatura.
De oídas sólo.

Pero dígase lo que se quiera
el oído no comprende el idioma de los ojos
(o las palabras que dice el parpadeo)
ni la soprano,
al saltar victoriosa hacia el agudo,
puede producir el más mínimo aumento de luz
en la sala de conciertos.

V

Un pájaro canta va a morir.
Pierre Reverdy

Acercaos a contemplar
cómo los huracanes concentran
la deshilvanada furia de la atmósfera
para arrojarla al pavor,
a la perplejidad y al rezo que nace
con las alas rotas
y el cielo enflaquecido,
o contra las techumbres de paja

de chozas a donde apenas caben
mendrugos sólo de comodidades.
Las aguas de los ríos se insolentan,
arrojan tarascadas a lo sólido
que duda de sí mismo,
y vuelcan su coraje,
cual jauría de perros espumosos,
contra el mundo.

Estad atentos: oíd la lucha cuerpo a cuerpo
del cielo y de la tierra,
cuando el mar gana terreno y el llanto gana rostro.
Los huracanes hacen que en el cielo
todavía compungido, y en la curva
donde lleva a pastar el arcoiris
su majada de tintes,
se insinúe
gigantesca,
a todo horizonte,
el rostro de la muerte,
de la muerte mezquina,
traidora, obscena,
blandiendo su hoz
de un lado al otro
para segar hasta en sus últimos escondrijos
todos los pronombres
y arrojar al precipicio
ápices de existencia,
pedazos,
aún rebeldes, de descuartizados
cuerpos.
Basura.

VI

**"porque, inmune a la mácula,
tan perfecta crueldad no cede a límites"**

José Gorostiza

Y ahora
si Dios es el creador de todo,
lo mismo del átomo y su ámbito de minucias
-del infinito acurrucado en lo invisible-

o del cosmos y su sistema de superlativos
-de la totalidad desplegada a cielo abierto-,
si es Hacedor de las lágrimas
de este Valle de lágrimas,
si es así,
también es el origen
de todos los males,
sufrimientos y sinsabores
de la existencia humana.
Que me duele la cabeza,
se trata de un rasguño de la divinidad
en mis células nerviosas.
Que soy un sordomudo,
alguien me alimentó, de niño,
con pájaros muertos.

Verdad, también fue obra del Buen Dios
esa hora y media de tacto
que tuvieron los novios en un rincón del descuido
materno.
O el júbilo indecible del poeta
al dar en una metáfora
con la fórmula algebraica
de lo absoluto.
O la felicidad del Sísifo liberado
del alpinista
al divisar, desde su atalaya de oxígeno,
los litorales azules
del infinito.
Es verdad.

Pero ¿hemos de concluir en que el Rey Eterno
es la primera piedra
del todo?
¿La primera piedra?
¿El primer grano de polvo de la primera piedra?
¿Hay un semen sagrado nacido
de la causa inicial?
¿Dios es el múltiple programador
de la sordera,

de la angina de pecho,
de la lesión infectada,
del retraso mental,
de la sífilis
y del sida?
¿Y también es el autor
de la esperanza como campo minado,
de la herida supurante de alaridos
o de esos peñuscos invisibles de espíritu
que se desintegran en un odio
radioactivo?
¿Es cierto que los pobres son pobres,
los moribundos moribundos
los infelices infelices
porque se hallan dejados de la mano desmemoriada
de Dios?
¿O por no sé qué avería en las instalaciones amorosas
de Dios Padre?
¿O porque en los infortunios,
en el destrozarse,
en el pan duro e incomible
de nuestro propio puño,
en la sed insatisfecha
y su asedio inútil y disparatado
a las lágrimas,
en el olvido de la cita que concertamos con la felicidad,
haya introducido sus designios abominables
la perfección?
¿Es más justo considerar al Supremo Arquitecto,
que no al hombre,
como lobo del hombre?
¿Buitre de nuestra entraña prometeica?
¿Áspid de nuestro intento de correr,
de poner en nosotros mismos los pies en polvorosa
y escondernos?
Bien vistas las cosas, y tomando en cuenta
el bestiario fantasmagórico de temores que,
a cada ademán, sueltan las manos
de la divinidad,
tendríamos que decir que su creación

donde hay senos gangrenados,
ángeles sifilíticos,
labios de palabras leporinas,
pertenece más bien a un ser monstruoso
que creó a manotazos este mundo.
Ser enfermo de caos,
con lengua emponzoñada,
con la perversión a flor de dedos
que, tornado en tempestad metafísica,
azota al inerme junco
donde acaece el hombre.

¿Deberíamos atribuir esta creación
al espíritu descompuesto
de un demonio?
¿O a un aprendiz de brujo
que, perdiendo el control sobre sus actos,
echa a andar o interrumpe abruptamente
las leyes naturales?
¿Es posible que este déspota venido a Dios
sea cubierto por la piel de la divinidad,
escamotee sus huellas dactilares
y usurpe su lugar dentro del **credo**?

VII

*Si el amor falta,
la casa está vacía.
Ezra Pound*

Aunque contraigamos la enfermedad incurable
de la orfandad,
es insoslayable decir,
y escribirlo con las mayúsculas del aullido,
que Dios es sólo el sueño de las carnes
sometidas a tortura,
fantasía de las llagas,
pasión inútil de ocultarnos
de las voces del horario
y los gritos del minuterero.

Basta ya. Se precisa proclamar

que este Valle de lágrimas
no puede ser sino obra del hombre mismo
y de las leyes naturales que son sordas
a las letras inflamables del incienso
que humea en cada púlpito.

Pero ni modo: el junco sufre las neuralgias
que produce lo efímero,
los espasmos que trae consigo la sonata de números
del cronómetro,
la trombosis coronaria que acarrea
saber que se tienen las horas contadas,
descontadas,
huidizas,
irrecuperables,
transformadas en huellas,
vestigios del verbo ser
o bagazos de tiempo,
y entonces los humanos imaginan,
sueñan,
codician,
un cielo de recompensas y de aplausos,
un allende sin comas,
sin erratas.
Un orgasmo de nunca acabar.

¿Será verdad que, la mayoría necesita
vivir a la sombra de la convicción
de que la muerte
es sólo una fábula,
un espejismo de luces negras,
un malentendido,
una falsa impresión,
una mentira contada por la tierra
de la sepultura?

Allá ellos.
Estos hombres ven a Dios
como el señor de su esperanza.
Pero no como el fundamento del dolor

que exige esa esperanza.
Allá ellos.

Allá ellos, porque hasta existen algunos
que, muertos de escepticismo,
tienden sus manos hacia el cielo
pidiendo, por lo que más se quiera,
que Dios exista,
que por favor, que por favor,
y que ellos,
en atravesando el laberinto de la existencia,
no lleven en sus sienes sino una mareada idea
de las cosas,
y sus firmes convicciones
tengan los pies en la tierra movediza
del espejismo.

Claro es que hay quienes
lucen cada vez más
un Dios venido a menos,
sordo,
mudo,
destartalado,
con accesos de asfixia
por ausencia de oxígeno,
de fe,
del templo construido en las entrañas.
Un Dios que el día menos pensado,
como un san Sebastián plagado
de puñaladas de duda, puede finalmente perecer entre estertores gregorianos.

VIII

En una edad, en un siglo,
en una contusión remendada de blasfemias,
enfermamos a Dios:
las bacterias y los virus
-con las fauces aún llenas de bocados
de nuestro cuerpo-
invaden sus sacros interiores
y hacen que la eternidad

incinerada casi por su temperatura
tenga delirios
de acabamiento.

En una época contrae un mal venéreo
y es una pena ver cómo Dios Padre
corre a morirse en cualquier gerundio maloliente
víctima de una enfermedad
vergonzosa.

En otra, muere de cáncer:
el árbol de su esqueleto
se doblega con racimos de ganglios,
con flores donde se redondean
gotas de pus -no de rocío,
mientras que un coágulo de tiempo
discurre por sus venas.

Enfermamos a Dios también
al inocularle el padecimiento
que nos suprime la inmunidad de la guarda
y su dulce compañía.

Pero Dios renace siempre.

La resurrección,
el dejar a su espalda
la tenebrosa trinidad de días,
o el abandonar al sudario en la faena
inútil de apresar un hueco solo,
es una de sus debilidades
o sus fuerzas.

Y entonces tornamos a suprimirlo.

Y Él, rebelde, a saltar de la nada hasta el oxígeno.

Y nosotros a soltarle la jauría
minúscula de microbios.

Y así por los siglos de los siglos.

Este círculo de hierro
terminará sólo cuando el Rey Eterno
en vez de contraer nuestros males,
paros cardíacos,
pulmones rocallosos,
avería en alguna de las conjugaciones
del verbo ser,
reciba el contagio de nosotros,

cuando se enferme de hombre,
cuando no tenga defensas
ante la incontrolable epidemia de lo humano.
Sólo entonces.

IX

¿Hablar de un pueblo sin Dios
es un sueño irrealizable?
¿Un mito?
¿Una utopía?
¿El hombre, oyendo las voces de su sangre,
las plegarias de sus órganos internos,
está condenado a vivirse como criatura,
niño de brazos,
mocososo con las manos atadas,
iniciativa que sólo gatea,
por los siglos de los siglos?
¿O es posible que un día,
a la vuelta del engaño,
el hombre se ponga a cernir una hostia
para quedarse sólo con la oblea,
a colar el agua bendita
para quedarse sólo con el agua?
¿Hará una vez una lectura parricida
del padre nuestro?
¿Podrá quedarse solo, solo y su alma?
¿Y tendrá los tamaños de saberse,
como todos,
junto a todos y todo,
huérfano,
solitario,
rugiendo imperfecciones
y a solas con el infinito?

CANTATA DEL ÁRBOL QUE CAMINA

I

Soy un poeta que habla de pájaros

También

claro

de otras cosas

la luna los hipogrifos violentos

los círculos viciosos

las divinidades

y los campos de tortura

Pero hablar de pájaros

y escribir subido a las ramas de los árboles

libros y libros de versos

es mi obsesión

la rutina de mis ansias

Un amigo mío me dijo un día

Enrique no hay que prestar tantos nidos

de atención a los pájaros

Y entonces volví la vista a los árboles

a esos seres tristísimos que crecen

persiguiendo a su pronombre

a esos fumaderos de oxígeno

a esos astrónomos del parque

que gustan de escudriñar el cielo

con los ojos de sus pájaros

Los pájaros

Los poemas del árbol

Su estrategia para podarle la prosa

que le crece

Las aves que

en diferentes puntos

se injertan al ramaje

y en él hallan los nidos de caoba

Alzando en hombros el verdoso
brochazo de su impulso
Levantando en la yema de su dedo
alguna de sus brisas
Pero también sufriendo el cansancio indecible
de cargar no sólo su muchedumbre de hojas
sino el frondaje completo del firmamento
o padeciendo los jadeos invisibles
de su marchitarse

Acaricié su tronco
Y por uno de sus nudos
cicatriz de un hachazo
le recité poemas
y hasta me puse a tararearle una canción de cuna
para sus partes niñas
Creo que fue en Pascal donde hallé la imagen del hombre
como un junco o una caña que
a pesar del feroz ramalazo de la tempestad
afilada por los montes
e sostiene
la quilla de la frente
quebrando en dos al viento
por las hondas raíces que lo clavan en tierra
encantado por el juego
de las leyes naturales
y planeando cada una de sus conquistas cósmicas
bajo tierra
Si fui
en el pasado
un poeta que
tras de hablar de pájaros
dio recitales de poesía en los claros de la selva
hizo marchar de diez en fondo a los árboles
en la calzada real de sus estrofas
y escribió sus mejores metáforas en los troncos
después terminé por ser
o sentirme
o transformarme
en un árbol que canta

y dice confidencias
y busca melodías en el lento desplazarse
de su savia
o en el céfiro que escudriña los nidos a la búsqueda
de residuos melódicos

Un sauce o una encina que
con los álabes de su ramaje
cuenta
las sílabas de sus versos
o que emplea el metrónomo del ritmo de la
vida
para decir
decirse
desdecirse
con un silencio que se despoloma del frondaje
como la sombra

o la hojarasca
Pero también fui un árbol que aúlla
gime
gimotea
da arañazos al cielo
hasta darse en la garganta
con el amargo sabor
de la sordera ajena

Entonces
cuando no sé qué director orquestal
me daba la entrada
escupía a los aires
un fortísimo de bramidos
y dejaba en la atmósfera
el escándalo de mis pulmones
Fui en verdad un vegetal violento
erizado de injurias
zozobras
y lianas malolientes de saliva
colgadas como escarcha

Arbol blasfemo
a las patadas con la Divina Providencia
dedicado infatigablemente
a pisotear y embarrar en el suelo
todo presunto milagro
y a arrancar hojas y hojas a la Biblia
con la seguridad
de llegar a tener entre manos
las Santas Escrituras de la nada

Pero hoy ha sucedido
Ya no estoy aquí
anclado al suelo por una raigambre
sedienta de negrura
y hambrienta de gusanos
Ya no estoy a la espera
de la furia del destino
y su jauría de vientos

No estoy aquí
Ya no
A mis espaldas hay
tan sólo un hueco
cavado por mi ausencia
que brama nacimientos
y sangra independencias
Soy un árbol
que ya está en el andén de su odisea
que encuentra pies y báculos
y brújulas y prisas
y hasta el camino mismo
entre sus pertenencias
Un árbol que concibe su primer paso
con los dolores
del alumbramiento

III

Camino

Soy un árbol que saborea el fruto
prohibido

de su movimiento

Que deja atrás el paraíso

si es que es un paraíso

vivir con una parálisis

de pies fusionados y tullidos

y saber deambular únicamente

para arriba

Ahora

abrazados la vista y el olfato

puedo husmear el universo

recorrer alcobas

polvaredas

continentes

hasta llegar al terruño prometido

donde habita

la idea

el frenesí

de que no soy vástago

progenie

criatura destronada de cerebro

hijo

del afán inefable

de la mano omnipotente

No me llamen criatura

No soy el eco

de un ademán celeste

En mi árbol genealógico

no hay lugar

ni uno solo

para Dios

Lo grito a voces

Mi acta de nacimiento

se gestó en la placenta

y en los ojos parturientos

de llanto

de mi madre

Y nada más
Mis padres tampoco tienen el menor parentesco
con lo sobrenatural
 carecen de cordón umbilical que los asocie
con lo arcano
en su origen no hay un vientre divino
ni un esperma oloroso a eternidad
 Son tan huérfanos de cielo
como el que pulsa ahora la lira
con sus dedos heridos solitarios supurantes
 de dudas e ignorancias
Ahora mis padres
 bajo el limo
 se esconden en la nada
o en el hambre siempre insatisfecha
 de un reguero
de voraces segundos
horas
 siglos
Un poeta amigo mío me dijo un día
Enrique
prosigue tu camino
pero ya por favor sin alucinar
 que desde un carcaj eterno
alguien disparó invisibles
 flechas de sentido
 que van al borde de tu carretera
para orientarte
Camina prosigue tu jornada
escucha solamente
las voces que producen tus zapatos
al chocar con la arena

Los faros o las brújulas
qué son Enrique Enrique sino sueños
 de los pies adormilados
al vaivén de su marcha
Sólo ahora
 cuando dejo

mis prejuicios de árbol
de presidiario
con grilletes de limo
caigo en cuenta de que oh vida
careces de sentido
o mejor
no eres hija de un plan
una jaqueca
un despropósito
urdido en la materia gris
de lo absoluto
o la programación enloquecida
de un demiurgo psicópata
que juega solitarios ominosos
con las leyes naturales

IV

Mira vida
no fue formada la sed
deliberadamente
para bajar un poco casi nada el nivel
de fuentes
lagos
mares dulces
para hallar la alegría en los sedimentos
de la copa de vino
para que alguien ideara las cantimploras
y les nacieran alas a los charcos
o para dejar al desierto
hablando solo
No se gestaron las jirafas
para amedrentar a las estrellas
o los peces
escamados de oleaje
para dar respuesta
a la carnada de preguntas
del anzuelo

Oh vida careces de sentido
porque Dios no sólo es sordomudo
sino manco
No fraguó el **hágase la luz**
frotando dos pedazos de madera
contra
las pretensiones delirantes de la noche
de no tener confines
ni dudas
ni arrepentimientos

Ni diseñó los párpados
como puertas de escape
al asedio del mundo
Ni tampoco para que los astrónomos
armaran a placer
sus noches de juguete

No se crearon las pupilas
con su ráfaga de imágenes

para saber cuántos metros y su morralla de centímetros
separan a mi deseo
de la mujer amada

Cómo has de tener algún sentido
si no se crearon las hojas de los árboles
para dar pie al argumento
de que ninguna se viene abajo
sin el deseo de Dios
o sin las manos divinas atareadas
en sacudir el tronco
como farfullan las rodillas
ateridas de miedo
mientras llenan de tierra
sus hocicos.

No tienes sentido oh vida
No fue concebido el espacio
sólo para que los amantes separados
heridos y sangrando

soledades
destruyan
tierras
oceanos
continentes
haciendo en sus adentros
llamadas de larga distancia
¿Sentido alguno vida?
Si no se hicieron los colibríes
embriagados de cielo
y salpicando luces a su entorno
para dar alas a lo inmóvil
enjaulado en su propia
indecisión viajera
¿Qué sentido por Dios?
Si no se hizo el via crucis del deseo
para crucificar el corazón
de los amantes
que viven en distintas dimensiones
Ni se forjó el insomnio
las almohadas que aprendieron
el canto de los gallos
para que los astrónomos
se vuelquen al estudio
de las estrellas
de los más luminosos y oscuros jeroglíficos
y descifren oh vida
el triunfo a todo cosmos
de la falta de sentido

V

Manteles
sillas
poemas
las cosas todas que rodean nuestro cuerpo
han salido del arcón infinito
del trabajo
del crisol de ademanes

de los dedos henchidos de ocurrencias
del sudor diligente
del cerebro obstinado en dar a luz
tras de los nueve meses o siglos o segundos que requiere
toda creación artística científica humana
o en medidas inéditas de tiempo
su propósito
su aspiración
su fantasía
muerta de ganas
de dejar de serlo

Todo aquí tiene sentido

El espejo de la alcoba
fue imaginado para decir o cuchichear el tiempo
y no
como los calendarios
los relojes
y mi tía viejísima y enferma
para pregonarlo
aullarlo
darlo a gritos

Él tiene sentido
Tienen sentido
las camas que se forman
con regazos de madre
y ademanes de hermana
para el cansancio niño
que quiere noche a noche
acurrucarse de nuevo en el vientre perdido
del origen
Tienen sentido

Lo tiene también
este par de zapatos
que sufre de hormigueos en la suela
y espera al pie de mi cama
como inquietos sabuesos

la polvareda de olor
de su camino
Par de zapatos que he de ponerme
para limar las iracundias y el calor
de los guijarros

Sí un sentido

La vida humana no
Porque no somos criaturas
nacidas de las manos preñadas
del de arriba.
Cómo vas vida a tener sentido
si no provenimos de Aquel
de su inspiración creativa
o de sus glándulas mamarias infinitas
sino que si cabe vamos a diseñarlo
fabricarlo
construirlo
en la medida de nuestras manquedades
a marchas forzadas
en el año primero
en el minuto inicial
en que el hombre
convertido en pesebre
se nos transmude en Dios
o por lo menos en ese superhombre
que el día menos pensado romperá
su alcancía de perfecciones

VI

Ni modo
Aquí grito: ni modo
En mi boca tiene su templo
su púlpito de saliva
la resignación
o la certeza
de que las cosas son como son
y no como el homúnculo ambicioso
y aterido de espanto

que nos araña por dentro
querría que fuesen Ni modo

Ni modo
Eso grito
cuando sé
que toda plegaria
deja la mancha de lodo de sus pies de barro
en todo lo que pisa

Ni modo
Mi esperanza nació con las alas raídas
con nudillos descascarados
y volviéndose polvo
de tanto tocar
las puertas imposibles
Ni modo
Ningún cuento de hadas puede ocultar
por mucho tiempo
su talón de Aquiles
los albañales de la fantasía
y su quimera
parada de puntas

Ni modo
La zozobra no encuentra
en la supuesta tierra prometida
del más allá
una sola almohada
en que posar la sien
El oasis absoluto
que inmola los camellos
La voces ancestrales
perdidas en Dios sabe qué provincias
del arcano

La triste mandolina en que nos toca
una infanta difunta
su pavana
para carne agusanada
O el rumor lejanísimo

del hombre dedicado a recoger y juntar
los pedazos dispersos de su cuerpo

Ni modo

Nuestros pies no caben
sino en el sitio exacto
que les proporcionan las sandalias
urgidas de existencia
Nuestros pulmones
no pueden hallar otro oxígeno
que el dócil
amistoso
con los brazos abiertos
del aquí y el ahora
Ni modo amada mía
nuestro amor al trepar la montaña
no tiene los corazones amarrados
como cuerpos de alpinistas
Mira te invito a ver tu piel
¿no adviertes cómo se va desmoronando
poco a poco de tacto?

Ni modo

Eso grito cuando sé
que no es difícil descubrir
que tiene pies de harina
el coloso de colosos
que duerme al interior
de cada hostia
De harina sí
pero de otro costal
Cómo duele
nada mía
cerebro a ras del cuerpo
saber que Dios
la esperanza en cuarto creciente
es un inefable
sublime
divino

cheque sin fondos

VII

Con una mente
 limpia de telarañas
empleo lejía
contra el incienso pegajoso
que me invade
Me pregunto por el sentido del dolor
hasta comprender al fin
 la compleja ecuación
del sufrimiento
¿La comprendo?
Pregunto por la serenidad el bien el optimismo
 No viven en el departamento de arriba
en los sótanos del palacio
 o en las cárceles encerradas en sí mismas
 de lo clandestino
No están en el **otro lado**
 en los aledaños del ardor
en las afueras de la jaqueca

Están al interior del sufrimiento
 Son la almendra
la fragancia de dioses que nos narra
su olor entre los dedos

En tus sienas hermano está el sentido
de todo
Ahí donde un minúsculo murmullo de neuronas
urde fines y medios
 aletear de propósitos
y ejercicio de manos
No se encuentra en la percha
 ya lo dije
del designio inefable
ni se oculta a tus ojos

por un juego de manos ominoso
del Señor de los cielos

¿Comprendes esto hermano?
Sólo si lo vislumbras
podrás entender
el papel del sufrimiento

su envés

su cara oculta
o el papel que le toca en el elenco
de lo vivo

Podrás entonces no sólo perdonarlo
No tengo resquemor oh pena
ya contigo
O resignarnos a los rasguños que produce

en las paredes
o a ese pus con sollozos y sollozos
de sus lágrimas

Hay que pasarle un trapo
limpiarlo de lamentos

gritos

alaridos

dejar de verlo con rencor
con odio de revólver

Cerrar los ojos para advertir al fin
su cara oculta

Su sentido

Por el sufrimiento somos

Sollozas luego existes

Las lágrimas no son humores incorpóreos

vertidos por los ojos

de ángeles hospedados en algunos recovecos

de nuestros entresijos

Son el zumo

de la carne torturtada

El trauma del nacimiento

que perdura hasta la muerte

Que perdura

No hay bien en la tierra ni en las almas
ni en los cuerpos
que no tenga al dolor como su orfebre
su apuntador
o su poeta

VIII

Si pastoreados por el microscopio
nos sumergimos en lo infinitesimal
en el irrefrenable apetito de cero
vemos que en la célula
y su ladrar minúsculo
hay un núcleo
en éste un filamento
en el filamento
un reguero de cromosomas
en cada cromosoma
una formación genética
y en cada gene
el cuento de no acabar
la novela de terror
que discurre en lo invisible: el infinito

Pero también allí se encuentran
los guiños de los ojos
que preceden a los ojos
el color del cabello ensortijado
en su promesa sólo
de cabello
el poeta nonato que conoce
cómo dar con los cofres atestados
de ritmos y de rimas
al oír el tintineo de las letras

Cuando el espermatozoide
después de llevar en los colmillos
jirones de epidermis de los otros pretendientes
seduce y lleva a la cama al óvulo
lo rodea de estrellas

le canta con su laúd
y lo arroja
a meses de trabajo creativo
En el código genético del óvulo ya encinta
del futuro almácigo
de carne y hueso
se van conformando
los ojos
la nariz
el vientre
las piernas
y el ángel de la guarda
En el embrión
hay injertos de espíritu
A la vera del cuerpo recién concebido
en el aura circundante
que nos sirve de atmósfera privada
hay aleteos de ángel
centinela invisible
guardaespaldas genético
manos que protegen nuestra pequeña llama
de hombres
La vida su instinto su hambre de conservación
o como se llame
es quien monta guardia
en torno nuestro
Es nuestro verdadero ángel de la guarda
dulce compañía
Es la voz que nos grita:
Cuidado
Ten temor
No bajes la guardia
No menosprecies las fauces
del minuto asesino
Vuelto temor
angustia

sufrimiento
se preocupa de que el cuerpo no derroche
segundos
horas
o relojes completos

El temor a la muerte es una de sus obras maestras

Alambrada de púas en redor de nosotros
es un cántico a la vida
el perro vigilante que arroja su jauría de colmillos
contra cualquier intruso vestido de peligro
pulsión que nos protege
nos da la reticencia
el dolor
la cautela
para vigilarnos
para hacer del refugio
una guarida en armas

Fábrica de escudos
tiene ademanes de madre
Lo heredamos de los antropoides
y su sabia
y delicada manera
de cuidar a sus cachorros
y a sus minutos

IX

Ni modo
Llevamos nuestra alforja
plagada de tumores y de aullidos
insufribles
pero indispensables
Pulmones que toman por asalto la palabra
en toses de nunca acabar
exigiendo la presencia del aire
que el mar convierte en niño
o pidiendo cucharadas de ternura

Fiebre que desde las axilas o la frente
llama a gritos

al termómetro custodio
a la madre que luce el mejor oído
del mundo entero
a la amante perdida en la selva

de mis versos

Qué remedio
Alma mía

por extraños e incomprensibles
encolerizamientos de la atmósfera

puedo quedarme sin hojas

sin ramas

y hasta caer en el suelo cuan largo soy
tras de dar un traspies con la nada
Puedo perder el sentido y caer de bruces
y llenarme y llenarte de moretones ampollas y heridas sin fin
alma mía

Soy un árbol que ha dejado a su espalda
una nube de polvo

de prejuicios

rechinido de dientes

taquicardia de tiempo

y ese hueco o esa fosa en la que yace
como en cada una de las huellas

el cadáver de un pretérito
recién nacido

que crece poco a poco

hasta tornarse adulto viejo
hasta llegar al punto en que se encuentra
buscando y rebuscando

las palabras con que hablarle a la muerte

En la casa de espejos
del ahora
hoy me encuentro

transformado en una ráfaga de imágenes
La libertad es el más importante
de mis órganos internos
Mis raíces andariegas han urdido su periplo
de puntos cardinales

Ay hermano cómo duele ser un árbol
que toma decisiones

Lo estoy diciendo aquí
en la cabina del manejo
de mi libre albedrío
Me duele porque duele
en el alma el erizo
de las encrucijadas

Ya nunca estaré hierático
inmóvil
a la expectativa
del hacha que clarea los bosques
construye la orfandad de los gorjeos
desconecta los pulsos
y hace que las raíces arrancadas de cuajo
renuncien a su idilio con la ceguera
de los topos
subterráneos

Ya nunca
Ya nunca me encontraré
a la espera del rayo
que se escapa de la iracundia divina
o del bombardero místico
para carbonizar los nidos
las hojas y las ansias
y ocultar con una fronda de humo
la parvada de incendiados gorriones
del chisporroteo

Nunca

Ya estuvo bien de ser siempre
la criatura de brazos

durante la vida entera
de algún progenitor
perteneciente al mundo
o al transmundo
Deseo morir como hombre
no como el perpetuo niño
que tiene la sumisión acasillada
la voluntad gateando
las manos ahuecadas de pedir
por el amor de Dios
que en sus hombros se pose
paloma mensajera de ultratumba
la mano de su padre
Ya no
Ya nunca me hallaré
el tronco de rodillas
y los ojos anegados
de sí mismos
pidiendo a las deidades
o al sagrado corazón distribuido
en todas ellas
la limosna
de un corazón intrépido
el valor de mirar a la verdad
como los girasoles a su dueño
la osadía de abordar la barcaza de la muerte
sabiendo que al timón se halla el Ni modo
con la serenidad del que en su pecho
ha cavado la fosa
para dar a la muerte sepultura
Enrique nunca ya
Ahora quiero
respirar a toda fronda la fragancia
de todos los caminos
Quiero cultivar mi jardín
para que allí me crezca
la rosa de los vientos
Quiero
que la muerte me encuentre caminando

ODA A LA GOMA DE BORRAR

Gran cosa es tener la capacidad de retractarse.
Poseer el combustible necesario para dar marcha
atrás.
Lucir la valentía de desdecirse,
humillar la petulancia
de pretender hablar desde el púlpito de la tinta,
con un ademán autocrítico
que transforma los dogmas
los yerros
la retórica
en un rebaño de virtutas perfumadas.
Para desandar el camino
y darle nuevamente la palabra a la página en blanco,
se requiere de un delicado instrumento
que es, como la rueda
los grandes aeroplanos
y la caricia de la mujer amada
cuando la soledad nos cala hasta los huesos,
invento inapreciable.
¡Oh fe de erratas de mi lápiz!
Cernidor entre el trino y el resuello,
la palabra veraz y la que hilvana
las letras enmieladas del engaño.
¡Oh gran antologista de vivencias!
Yo te debo la astucia de anularle adjetivos
a las emociones sustantivas.
Te soy deudor de mi capacidad
de comenzar y comenzar
nuevamente desde cero.
Cuando vuelvo los ojos a la pluma
al lápiz
a la máquina
y después hacia ti
me quedo meditativo
y pienso
que el poeta
el verdadero
el grande

el profundo poeta
debe saber oír más las palabras de su goma
que las del artefacto con que escribe
porque los dioses están más cerca del silencio
que del barullo.

CONFIDENCIAS DE UN ÁRBOL

Cansado de que el viento me sacudiera con iracundia
de que se enseñoreara sobre mí
 decidí una madrugada
soltar deliberadamente una de mis hojas.
 Llevé todas mis energías
 mi coraje
 mi savia
 hacia el ramaje.
Y me deshice de una hoja verde y puntiaguda.
En realidad acabé por sacudírmela
 después de un gran esfuerzo.

Nadie fue testigo de la proeza.
El viento atravesaba entre mis ramas en ese mismo
instante
y como desprendió varias de mis hojas
nadie podría haberlo imaginado
 en el caso de haberlo visto
que una de ellas
 entre las doce que perdí ese día
encarnaba
muy verde aún
la forma primera de mi libre arbitrio.
Decidí descansar, reponer mi fuerza
 tener frías, muy frías las sienas
meditar mi hazaña:
 me sentí frente a los otros árboles
como el ángel que aletea orgullosamente
su diferencia con los hombres.

Pero al paso del tiempo
sentí la necesidad de obsequiarle a la botánica
con una nueva toma de decisión
otra avería.
Fue ya en la primavera.
Mis ramas se doblegaban de tan llenas de flores.

Mas advertí que entre una flor y otra en una de mis ramas
había una distancia grande
un sitio desaprovechado.

Y me puse a pujar y pujar
hasta que de repente me brotó
una pequeña flor
más pura
blanca
y tierna
que las otras.

Mi felicidad fue mayúscula
y se llenó de gozo el corazón
si se puede hablar de corazón
en un ser que nunca se ha excitado
ni con las caricias eróticas del viento.
No soy
me dije
un árbol al que le **acaecen** flores
sino que **decide** flores.

Los pasos siguientes fueron más sencillos.
Que se me ocurría crecer por ejemplo.
Me concentraba.
Pensaba en las nubes
y conquistaba uno o dos centímetros.

En la noche cuando no había ningún curioso
creaba frutos
los destruía
me los pasaba de una rama a otra.
Y hasta descubrí la manera
de hincarles el diente.

Llegó el momento
en que todo o casi todo
era producto de mi libertad
de mi opción
o de mi juego.
Soy un árbol que ha creado

su tronco
su ramaje
su clorofila
sus nidos
sus aves
sus gorjeos
y su sombra.

Pero nadie lo advierte porque
si decido crecer

se piensa
que la germinación me obliga a ello.

Si opto por florecer
por repujar mis ramas de pequeñísimos milagros
que la botánica es la responsable.

Aún más.

Creo que cuando tome mi principal decisión
no dejará de haber un leñador a mi vera

que hacha en mano
haga pensar a todos

que fui vulgarmente derribado
y no que

hambriento de rumbos
concentré mis fuerzas
apreté los músculos

y di
mi primer paso.

LA HERMANA

I

En la línea fronteriza
con que mi identidad pinta su raya,
te hallabas tú,
encabezando la lista
de mis prohibiciones,
el catálogo cruel y puntilloso
de la moral madrastra.

Por aquellos días
no sólo pescaste al vuelo alguna de las frases
pronunciadas por el sutil delecto
de mis párpados.
sino que terminaste por oír y comprender
el gruñir de mis órganos internos,
las blasfemias coaguladas en mi sangre
o el sollozo con que tartamudea mi ternura...

Yo asimilé también aquí a tu vera
las voces inaudibles que brotaban
de las partes pudendas
de tus poros.

No fui indiferente al clamor en sordina
que suelta en toda tú lo inconfesable,
ni al instinto sepulto en las reconditeces de tu cuerpo,
donde tu carne finge ser ya un trozo
de materia suicida.
Supe entonces
que la fuente de mi inspiración
-tomarle el pulso a los árboles,
quedarme sin ojos tras el vuelo de las aves,
cantar desgañitadamente y al unísono con los vientos-
de no sé qué manera se fundía
con tus piernas, tus senos, tus caderas,
con todo ese puñado de morbideces
que mantiene con la palma de mi mano
un aire de familia insoslayable.

II

Pero vayamos al lado oscuro del castillo.
La soledad estaba siempre merodeando.
Meditaba en la forma de trocarse en ave de rapiña
y arrojarse al aquí y al ahora de este grito.
Rodeaba los cuerpos
de alambradas de carne
para frenar los pasos
amorosos,
la valentía
del aproximarse,
la idea fija de las manos
que conspiran, en pie de audacia,
contra la satrapía
de los límites.
Gustaba echar a andar
esa caja de música siniestra
en que se me había acabado de convertir
el tronido de los dedos.
Coleccionaba caracolas.
Pero de un género sólo:
de aquellas en que se podía escuchar,
eterno, majestuoso, inagotable
el mar de incertidumbres;
sabía cómo asaltar, en fin, al ímpetu
de libertad,
atarlo y convertirlo
en un cero a la izquierda que como pequeño globo
se desinfla
y dejar al corazón
rumiando entre sus venas su rosario
de tarántulas.
Pero nuestros padres, hermana,
no sólo dieron a la luz
a este poeta que ha obtenido
varias veces el primer lugar
en los concursos de migraña
o a este mamífero

que está por editar
su primera antología
de aullidos a la luna,
o también a esta mujer
que advino al mundo
en una nave de vela
empujada por un huracán de genes
para ser musa,
hermana de mis ojos,
mis manos,
mi sangre,
perfume de la más entrañable de las flores increadas
criatura con toda la luz que requerimos para salvar la
noche
en la palma de las manos.

III

Mas la soledad
se tendía entre nosotros
con presunciones de frontera,
quemazón de salvoconductos,
deslinde de amorosas confusiones.
Le podaba las rosas a nuestra fantasía,
enmarañaba la ilusión
de escapar finalmente
del mareo laberíntico,
al transformarla
en laberinto de hilo,
y dejaba en libertad los alacranes
jugosos de veneno.
Ahí estabas, hermana,
en mi línea fronteriza,
en la aduana de poros con que empieza el afuera.
Ahí, para vendarme los gemidos.
derramarte en mis heridas
y ponerle a mis vocablos plañideros
la sordina de tu dedo en la boca.

IV

Ahí estabas. Al alcance del deseo,

de la mano desenguantada de prejuicios;
sin vacilaciones,
ni riendas,
ni poquedades,
ni la voz insidiosa y maloliente
del escrúpulo.

La distancia
-que por más que restáramos, medía
siempre el mismo infinito-
fue hostigada por las fauces
del atrevimiento.

Pero ahí permanecías,
en el lugar exacto de lo otro.
sitiada en tus aquíes,
en tus aislantes células,
por los amurallamientos del bautismo,
por el principio de identidad que espolvorearan
en toda tu epidermis
las manos de los padres.

Ay, nuestros padres.
Nos dejaron de herencia
este ser individuos,
islas,
mapa de células.
Este vivir prisioneros
a cuatro llaves,
a cerradura ciega,
dentro de un cuerpo
por sí mismo acorralado.
Nos acercamos uno al otro
con la temeridad enredada entre los dedos,
convencidos de que el tacto,
vigía de la epidermis,
halla siempre los pasadizos secretos,
los puentes,
los pedacitos de tierra de nadie,
bajo la altanería de las diferencias.

En ambos raya una convicción:
el amor sabría revolver
los poros de lo mío y de lo tuyo
a la busca de la cama promisa
del nosotros.

Ahí estábamos.
Respirándonos mutuamente los alientos.
Dándonos uno al otro el golpe
a sus suspiros.
Era preciso dar el paso.
Mirar sobre los hombros del desdén
las convenciones,
las consecuencias
o el sismo de principios y preceptos.
Había que darlo.
Y lo dimos.

V

Nuestras fronteras fueron al cadalso.
El principio de identidad se embarneó en un punto
del espacio.
nuestra epidermis amordazó
los monólogos obsesivos de sus orillas.
Y fuimos una carne,
idéntica pulpa de manzana,
el dulcísimo pronombre hermafrodita,
la jadeante unidad de contrarios,
las bocas confundidas,
las manos al garete.

Qué felicidad, hermana.
¿Lo recuerdas?
Qué paraíso levantado
a fuerza de infracciones,
de resoluciones perplejas
y de saltos mortales.
Qué manera de incinerar decálogos,
hacerse oídos sordos al estruendo
que se agolpa en el púlpito

o cortarle las alas a los cuervos
que anidan en la parte
oscura de las normas.
Qué forma de gritar «ya basta» a los mandatos
que usaban el canal de lo infinito.
Qué paraíso terrenal
cargaron en sus hombros ese día
dos valientes.
¿Recuerdas?
Qué júbilo indecible cuando barrimos del entorno
las dudas,
los temores,
las letras de los nombres paternos,
el morderse y remorderse el alma toda
o el curvo sentimiento de una culpa,
bajo la acusación
de que todos,
quién más quién menos,
habían hincado su diente en la pulpa moralista,
la discordia azucarada
y el rojo delincuente
de la manzana fatídica.

Qué satisfacción saber,
hermana,
de que aquí,
en nuestro mundo,
en este dar rienda suelta a lo que somos,
se ha apostado un arcángel
que blande y blande la línea fronteriza
de su espada
flamígera, filosa, imperturbable
que además de vedar, con su aduana de fuego,
el paso a los intrusos,
nos esconde,
protege
y vela dulcemente nuestra culpa
de las conspiraciones y amenazas
del incienso.

SIN RECHINIDOS DE LETRAS

Dios a así: el divino rostro de la soledad.
Las siete palabras del monólogo.
El parloteo sin fin
desde el cósmico altar de su aislamiento.
Ni las cosas,
ni los animales,
ni los hombres
(esos juncos anémicos que, ante las aras,
claudican del cerebro
dada la pesantez de sus rodillas)
le mermaron un ápice, ni podían hacerlo, a una soledad
más redonda que la noción del círculo.
Soledad autosuficiente
en que Dios, al crear a los seres inferiores,
al darle cuerda a los microbios,
al encomendarle tareas extrañísimas a todos los insectos,
no manifiesta la más mínima secreción corpórea:
un Dios a punto de despeñarse en el sollozo
o formando, durante los seis días consabidos,
dos lágrimas perfectas,
sería motivo para inmolar
centurias de buena teología,
o para irnos a derruir todos los templos,
con nuestra duda al hombro,
empezando por el atrio de las esperanzas
para culminar con las formas románicas o góticas
de nuestra ingenua fe, que necesita su pedestal de piedra.
Soledad que es un campo roturado para flores de nunca acabar.
Heredad en que estalla lo sublime.
Mansión hecha de luz de tal manera
que oculta hasta en los sótanos bodegas de cardillos.
Ciudad llena de muros
pintarrajeados todos con las palabras
escritas entre líneas en las Sagradas Escrituras.
Dios carece de cumpleaños: su soledad guarda con el tiempo
la relación distante de: "he oído hablar de él",
"me dicen que hace de las suyas entre vosotros"
o "qué extraño ruido produce la imperfección".

Soledad sin teléfonos,
sin cartas,
sin rechinos de letras,
sin la más mínima lengua en la punta de una frase.
Con los labios sellados por los siglos de los siglos.
Soledad y silencio.
Soledad que no consiente en su piel una sola molécula corruptible.
Verbo sin conjugaciones.

LA TORRE DE BABEL

Albañil con delirio de grandezas.
Constructor incansable de la torre
de no acabar. Impulso que reúne
su mezcla de alma y cuerpo en cada adobe.

Aeronave lentísima que escala
por terribles centímetros al cielo,
y en que hemos ido alzando, sediciosos,
la primera escalera hacia lo eterno.

De repente un relámpago y sus quejas
de timbal malherido, nos aturde
rugiéndonos que somos en pecado
que si el orgullo y la ambición discurren

con el turbión de sangre de las venas,
acabarán por ser tan sólo un coágulo
de glóbulos blasfemos, un olvido
del dedo omnipresente del decálogo.

Pero estoy, junto a todos, mano a la obra
más que para ascender, para que lo Alto
pueda por fin bajar hacia nosotros
trayendo el más allá bajo del brazo.

Qué temor, al dejar anclado el suelo,
cuando el mal de montaña o de infinito
nos ahoga el propósito y nos vuelve
en una procesión de peregrinos

con los pies amarrados y los ojos
viviendo una zozobra de galaxias,
subiendo, no subiendo, con el cuerpo
jugando a ser grillete de las almas.

Los vocablos encuentran en su carne
los poros del aullido. Y hay personas
que exigen un micrófono y se quedan

en medio de un desierto hablando a solas.

Alguien pensó de pronto: lo que faltan
son traductores: hombres empeñados
en arrancar la máscara a las frases
(que ladran diferencias) de lo extraño.

Pero los traductores, sorprendidos,
ven la inutilidad de sus esfuerzos
cuando, pasión en ristre, nos dan sólo
diferentes versiones del silencio.

Mi hermano, ya no entiendo lo que dices.
Tu lengua amasa sílabas y gritos
de chasquidos ignotos y sus letras
se escurren sin cesar de los oídos.

En tu voz y en tus labios ya no advierto
cuando estás frente a mí, sino tu espalda,
la inquietud de tus pies, las estridencias
volcadas a morder tu pentagrama.

Ay, hermano, no escucho lo que gritas.
Tu alma me es expropiada por la bulla.
Me encuentro de rodillas, suplicando
que a la voz de mis tímpanos acuda

un vocablo no más, pero un vocablo
familiar, cotidiano, tuyo, mío,
para restablecer la especie humana,
la hermandad de la oreja y el sonido.

Amada mía, deja a mi cuidado
tus palabras. Acércate. No escucho
qué murmuras. No capto sino estática,
el ruido de los astros en su mundo

inasible, lejano, en otro idioma,
y desterrado siempre hacia el afuera.
Háblame con los ojos si no puedes

tener apalabrada con tu lengua
(cuando se halla mi oído arrodillado)
tus mensajes, tu código, nuestra habla
confidencial, con sus misivas de aire
y sus letras que vuelan en bandada.

Mujer ¿qué se ha interpuesto entre nosotros?
¿Un alambre de púas o gruñidos
que mastican su cólera y prohíben
la entrada a tus recintos?

y tampoco comprendo qué musita
este poeta que anda aquí en mi pecho
versificando estrépitos o ruidos
e impostando vocablos extranjeros.

No sé lo que mascullo, y aunque instalo
en todo lo que soy mi oído interno,
advierto sordomudas mis entrañas
y hablo con bocanadas de silencio.

Poco a poco también se vuelve extraño
el lenguaje de Dios, roto, perdido
en un acento ignoto que le brinda
a su predicación el infinito.

Cuando suelta su voz, yo no le entiendo
una sola palabra al absoluto.
Aunque tengo una antena para hacerme
de pedazos de cielo, no disfruto

de los versos que dicen que Dios forja
en sus momentos de alegría plena.
No doy con el canal de lo perfecto.
Mi oído sólo advierte la cadencia

de voces que se rompen, chocan, ruedan
hasta formar un nudo de alaridos
incoherentes, que bajan de la torre
para untarse de polvo en los caminos

El sordomudo altísimo del cielo
envuelve en mortecina luz su indicio
Ya el radar de la torre no registra
ningún aletear de lo divino.

Tiembla de pronto. Todo se conmueve.
¡Qué colapso! ¡Qué torpe ingeniería!
Caen piedras y esfuerzos.

Y prosigue
la confusión en medio de las ruinas.

CATALEJO Y UTOPIÍA

1. Oda a nuestra embarcación

Todo barco,
para que lo sea,
tiene que conocer,
vivir,
saborear
una tempestad.

Víctima de famélicas
tarascadas de espuma,
su proa
(su olfato de futuro)
deberá sufrir
el delirio de pasos
de la desorientación,
amén del extravío
o del naufragio
de toda tierra firme
enterrada
bajo el líquido entrechoque
de feroces
gerundios.

Todo barco,
Para que lo sea,
tiene en veces
que hallarse a la deriva
o a la mala de Dios.
Bogar roto,
destartalado,
huérfano de astilleros,
harapiento de velas,
pordiosero de segundos
más de vida.

Sólo así.

Sólo así
podrá estallar el motín a bordo
que lleve a la esperanza
a adueñarse del timón
que conoce el idioma
de la meta
y hoy se encuentra
aullando hacia la luna.

Sólo así
podrá ser suprimida para siempre
esa avanzada del mar
que perla las pestañas
de todo tripulante
cansado,
pesimista,
venido ya en espectro.

Marinero:
hay que remar
con la meta anticipada.

2. El ideal

¿El faro continúa arando en el desierto?
Dicen tal. Pero yo,
que me encuentro al pie de tu mirada,
sé que nuestro destino está muy próximo,
a golpe de ilusión
y a mano izquierda.
El ancla imperceptible de la brújula
se encuentra descendiendo.
No nos separa ya todo un océano
de la meta.
Un reflector se arroja, sol en mano,
al vocablo **enseguida**.
Entre el faro y nosotros
sólo se halla una lágrima:

el mar que se condensa ante los ojos
al tamaño preciso
que nos nubla la vista.

3. A buen recaudo

La nave sacudida
empezó a hacer agua.
O, si se quiere, llanto.
Válgame Dios,
el golpe con los arrecifes
hizo que el palo mayor,
con todo y velamen,
se desgajara ruidosamente:
sólo quedó un inútil harapo
para continuar sus negociaciones
con el viento.
La brújula, el verdadero vigía,
insomne,
sedienta de agua dulce,
se sintió devorada
por el canibalismo
de los cuatro puntos cardinales.
La desesperanza,
el temor,
el tronar de unos dedos
con las uñas raídas,
el corazón náufrago
en medio de un vórtice
de latidos,
el hormiguero de la angustia,
todos,
todos corrieron a refugiarse
en el azoro
de sus órbitas.
Quién les iba a decir
que la embarcación
había encallado,
por fin,
en la tierra prometida.

4. Arribo

Todo nos hizo suponer que llegábamos finalmente
a buen puerto.
La tormenta que amenazó con arrancarnos del pecho el corazón
para llevárselo como hoja seca;
la brújula que sufrió un inusitado olvido
de puntos cardinales,
el agua que empezó a decrecer
con una alarmante tendencia a cero,
a simple lágrima,
el motín de miedos a bordo de las almas
marineras,
todo
se quedó a las espaldas
como una estela de infortunio
borrada por un vuelco
de la suerte.
Y ahora
la risa,
la palabra aleluya,
la creencia de que Dios
había dejado al fin de hacer concesiones
a la nada,
todo este festín
a mano,
a ojo,
de repente se vino abajo,
se paró en seco,
cuando vimos que habíamos desembarcado
en una tierra movediza...

ÍNDICE

Acerca de la poesía	1
El junco	3
Cantata del árbol que camina	15
Oda a la goma de borrar	39
Confidencias de un árbol	41
La hermana	44
Sin rechinos de letras	50
La Torre de Babel	52
Catalejo y utopía	56